

COMENTARIOS AL EVANGELIO DE SAN MATEO
CAPÍTULO DÉCIMO TERCERO: 5
Padre Arnaldo Bazán

“¡Pero dichosos los ojos de ustedes, porque que ven, y sus oídos, porque oyen! Pues les aseguro que muchos profetas y justos desearon ver lo que ustedes ven, pero no lo vieron, y oír lo que ustedes oyen, pero no lo oyeron” (13,16-17).

Los cristianos de hoy puede que algunas veces nos sintamos tentados a envidiar a los que pudieron conocer personalmente a Jesús, oírlo predicar, verlo hacer milagros o simplemente compartir su compañía.

Esto lo disfrutaron especialmente los apóstoles, pero también muchos discípulos que creían en El y lo seguían de cerca.

Pero, ¿qué decir de nosotros?

También somos unos privilegiados, aunque a veces, como aquellos discípulos, nos apartemos un poco, o permitimos que nuestra fe se nos apague por falta de trato con Jesús.

El se lo dijo a Tomás que negaba la resurrección: “Porque me has visto has creído. Dichosos los que no han visto y han creído” (Juan 20,29).

Es decir que también nosotros, los creyentes de hoy, somos dichosos, ya que hemos confiado en el testimonio de aquellos que sí vieron, y en la acción del Espíritu que ha obrado en nosotros.

Lamentablemente son muchos los cristianos que más bien parecen bombillos apagados que no dan la luz que Cristo quiere que proyectemos. De ahí que su fe esté agonizante por falta de alimento, pues toman las cosas de Dios como si fueran de poca importancia.

Esta falta de testimonio en una gran cantidad de cristianos es lo que ha llevado al mundo a un apartamiento cada vez mayor del Señor.

Hoy en día los cristianos somos apenas dos quintos de la población mundial, aunque entre nosotros hay una buena parte que son cristianos solo nominalmente.

Eso lo vemos en la práctica de la fe, especialmente en la asistencia a la Eucaristía dominical, en la que sólo participan menos de la mitad de los que se llaman católicos. En algunos países hasta mucho menos.

Por otro lado, al no estar alimentados espiritualmente, esos cristianos se convierten en “anti-testimonios” de lo que debe ser el cristianismo, alejando a muchos de la sincera conversión.

Cuantos que hoy son ateos o practican religiones no cristianas, hubieran deseado haber conocido a Jesús si los cristianos se lo hubiéramos mostrado a través de la forma en que vivimos.

Por eso la dicha está no en llamarnos cristianos, sino en serlo de verdad, lo que implica "creer". La fe se demuestra en los hechos, como dice Santiago: ¿De qué sirve, hermanos míos, que alguien diga: "Tengo fe", si no tiene obras? ¿Acaso podrá salvarle la fe? (2,14).